

donde reposaban San Leon y algunos de sus mas ilustres antecesores.

Entre todos los Papas, San Gregorio es de quien se conservan mas escritos, sin contar entre ellos los Comentarios sobre el libro de los Reyes, y sobre el Cántico de los Cánticos que se cree son de Claudio, abad de Classe, aunque se encuentran entre las obras de San Gregorio. Escribió de memoria dicho abad lo que habia aprendido del santo doctor, no solo sobre el libro de los Reyes, sino tambien sobre el Pentateuco, los Profetas y los Proverbios. Notó el Santo que el abad habia alterado su sentido en muchos lugares, é hizo retirar los escritos despues de muerto Claudio: lo que no estorbó que se introdujesen con el tiempo en la coleccion de las obras de este santo Papa. Las que compuso indudablemente San Gregorio son los Morales sobre Job, divididos en treinta y cinco libros; veintidos homilias sobre Ezequiel, cuarenta sobre los Evangelios, cuatro libros de diálogos y doce de cartas (a). Son ente-

(a) Un tesoro inestimable de erudicion eclesiástica son las cartas de San Gregorio, tan provechosas para la direccion de los negocios públicos como para la edificacion de las costumbres. Todas tienen un mismo estilo, pues las dictó el Santo palabra por palabra. En unas da las mas saludables instrucciones á todo linaje de personas, á los obispos, á los clérigos y á los monges; á los emperadores y á los reyes, á los ministros y magistrados, á los guerreros y á otros sujetos de todo grado y condicion. En otras decide las controversias pertenecientes á la fé, para impugnar las antiguas y reprimir las nuevas heregias. En otras por fin promueve la predicacion del Evangelio entre las naciones bárbaras, exhorta á la union, concordia, paz y buen orden, y atiende generalmente á todas las necesidades de la Iglesia. Quando se leen con atencion, no puede uno menos de llenarse de asombro al ver la laboriosidad y celo de este gran Papa que aplicado á los negocios públicos y de la mayor importancia no por eso desatendia aun los mas mínimos y particulares.

Entre las muchas cartas que componen sus doce libros, hay cuatro dirigidas á San Leandro de Sevilla; una al rey Recaredo, otra á Claudio, general de los reales ejércitos y gobernador de Mérida, en cuya carta le recomienda el abad Ciriacó que salta para España; cuatro á Juan, defensor ó su enviado en España, y otra á Vidal, tambien defensor. El rey Recaredo luego que supo la elevacion de Gregorio al Pontificado, le envió, segun costumbre, una embajada para visitarle y ofrecerle la debida y necesaria obediencia. Para ello

ramente suyos el Antifonario y el Sacramentario, excepto algunas adiciones que se han hecho, como sucede con frecuencia en este género de obras. El estilo de este Padre y su diction se resienten del mal gusto de su siglo; pero la uncion divina que caracteriza su elocuencia recompensa con ventaja este defecto.

Consérvanse su cuerpo, su palio, su ceñidor y un relicario que llevaba al cuello, y que se presume haber equivalido á la cruz

escogió personas principales, y en particular á Probrino presbítero y á algunos otros abados. Dióles á este efecto sus cartas y juntamente algunos presentes de oro, además de trescientos vestidos para los pobres de San Pedro de Roma, pues en aquel tiempo los pobres y los hospitales se sustentaban de las rentas eclesiásticas. Para enviar esta embajada mediaba tambien la circunstancia del Concilio celebrado en Toledo; y así cree Mariana que se envió tambien «para procurar que el Concilio toledano celebrado poco antes, sus acciones y decretos fuesen aprobados por la Iglesia romana, á quien es necesario; añade, hacer recurso en las cosas eclesiásticas, y de donde los estatutos de los Concilios toman su vigor y fuerza.» Los embajadores trabajados por la navegacion que hubo de serles larga y dificultosa, y forzados por los temporales á volver á España, gastaron mucho tiempo en el camino y en Roma. En la carta de San Gregorio al rey Recaredo le anima á llevar adelante la Religion recibida y al mismo tiempo le felicita de que las obras y frutos fuesen conformes á la profesion que hacia; pues habiéndole ofrecido los judios gran cantidad de dinero para que revocase una ley que contra ellos se promulgara, no quiso venir en ello. Con la carta le envió el Pontífice una Cruz en que estaba engastada una parte de la verdadera Cruz y unos cabellos de San Juan Bautista; envióle tambien dos llaves, una tocada al cuerpo de San Pedro, y en la otra habia unas limaduras de las cadenas con que el mismo Santo Apóstol estuvo preso. Al mismo tiempo envió para San Leandro el pálio.—En la carta á San Leandro le dice el Pontífice que con el presbítero Probrino le enviará los libros que el mismo Gregorio habia escrito á instancias y por respeto del mismo San Leandro, á saber, su Pastoral y su esposicion de Job. «Dicese comunmente entre los españoles, añade Mariana, que los embajadores á su regreso de Roma trajeron una imagen de Nuestra Señora entallada en madera, presentada por el mismo Gregorio á Leandro, y que es la misma que gran tiempo adelante se halló en cierta cueva con los cuerpos de San Fulgencio, obispo de Écija; y santa Florentina su hermana, y con suma devocion es reverenciada en Guadalupe, monasterio de Gerónimos.»—Se supone que San Gregorio escribió otras muchas cartas á San Leandro, puesto que se profesaban muy estrecha amistad, pero no se han conservado todas. Las once citadas se pueden ver en el tom. 2 de la coleccion de Aguirre, pág. 398 y sig. (N. del E.)

pectoral que llevan nuestros obispos (1). Este relicario es una cajita de plata en estremo pequeña, que muestra como todas las cosas que usaba el Santo la simplicidad y pobreza evangélica de un Pontífice por otra parte tan grande y tan magnifico en sus liberalidades. Habia mandado pintar su retrato en su monasterio de San Andrés, para que su vista recordase mas tiempo á sus monges el espíritu de sus lecciones y de su profesion.

El diácono Juan, que habia visto este cuadro, nos ha dejado con arreglo á él la siguiente pintura de San Gregorio (2). Era de alta estatura, su rostro no era largo ni redondo, sino que guardaba un término medio, los cabellos bastante negros y encrespados; la cabeza por delante calva con dos pequeños copetes, la corona grande, la barba mediana, la frente hermosa, la fi-

sonomía noble y muy grata. Consistia su hábito en una planeta ó casulla de color castaño, una dalmática con el pálio envuelto al rededor de las espaldas y pendiente por un lado. Añade el diácono Juan que era costumbre pintar al Espíritu Santo en figura de paloma sobre la cabeza de este Padre: tan persuadidos estaban de la asistencia que recibia de él; tanto se hace sentir su uncion divina en la lectura de sus obras; tan llenos están de luz y de fuego sus escritos, y de una doctrina siempre exacta, conteniendo casi ellos solos todo el cuerpo de la Religion, las verdades de la fé y de la moral en su mayor pureza.

Tal fué en el orden de los tiempos el último de los cuatro Padres que se creyó poder comparar con los cuatro Evangelistas; y tal en el orden del mérito uno de los mas ilustres doctores de la Iglesia.

LIBRO VIGÉSIMO-PRIMERO.

Desde la muerte de San Gregorio el grande en el año 604, hasta la condenacion de los Monotelitas en el de 681.

LA Iglesia va á presentar sin duda una faz muy diferente de los rasgos brillantes de su primera edad; pero á través de esas sombras y estraños celages se la verá siempre semejante á sí misma, al menos en cuanto á sus caracteres esenciales y principalmente en cuanto á la identidad de su doctrina con respecto al dogma y á la moral. Habia ya

triunfado de las naciones cultas, del valor y del poder romano, de los artificios y de toda la sutileza de la Grecia; y ahora va á triunfar igualmente de un modo tan visiblemente divino de la groseria y estúpida ferocidad de los bárbaros.

No aparecerán ya á su frente los Agustinos, los Basilio, los Crisóstomos: estos genios prodigiosos no existen ya; y el último de estos antiguos Padres de la Iglesia

(1) Joann. Diac. lib. 4. Vit., cap. 80.

(2) Id. ibid. cap. 70.

que podia haberla consolado en su pérdida, Gregorio el Grande, acaba de serle arrebatado; empero por su medio ha recibido ella toda su consistencia. Ellos viven suficientemente en sus escritos, no siendo necesario mas que entenderlos é interpretarlos con los sucesores de los Apóstoles. Todavía el brazo del Señor no ha perdido su fuerza; y cuando fuere necesario, se le verá suscitar otros hombres extraordinarios que correspondan á la grandeza de su destino. Aunque el Todopoderoso es admirable en sus obras, su sabia Providencia no obra prodigios supérfluos, complaciéndose en mostrar su gloria por la justa proporcion de los medios que emplea con el fin que se propone. Con los bárbaros del Norte que invadieron y de dia en dia iban invadiendo las provincias mas fértiles de Europa, unos hombres mas poderosos en obras que en palabras eran los mas á propósito para hacerles recibir ó venerar el yugo de la fé; y así nunca se vió la Iglesia tan abundantemente provista como en su segunda edad de santos prelados, de piadosos misioneros, de príncipes y princesas consumados en virtud, y de ejemplos edificantes en todos los estados; mediös sin duda mas acomodados que la ciencia y los talentos á la ignorancia de aquellos nuevos prosélitos que casi solo de impresiones sensibles eran capaces.

Permaneció vacante la Silla apostólica seis meses enteros despues de la muerte de San Gregorio, y en 13 de setiembre del mismo año de 604 fué colocado en ella el diácono Sabiniano, cuyo pontificado solo se distinguió por las limosnas que hizo al pueblo en tiempo de hambre y por la piadosa magnificencia con que atendió al alumbrado de la iglesia de San Pedro. Espiró despues de haber ocupado la Silla cerca de año y medio, y tuvo por sucesor á Bonifacio III, diácono y tesorero de la iglesia romana, el cual segun Anastasio el Bibliotecario, fué

ordenado Papa el 19 de febrero de 607 y murió en 14 de noviembre del mismo año (1). Su celo por la precedencia de la Silla romana y por la unidad de la Iglesia, junto con unas circunstancias felices, consiguieron del emperador lo que San Gregorio habia solicitado sin efecto, á saber, que en adelante no tomase ya el título de ecuménico el Patriarca de Constantinopla. En 25 de agosto de 608 fué elegido Bonifacio IV que rigió la Iglesia seis años, ocho meses y trece dias, esto es, hasta el 7 de mayo de 615.

En el año anterior á la exaltacion de este Pontífice, murió el apóstol de la gran Bretaña San Agustin, en su iglesia de Doverne ó Cantorberi, habiendo antes nombrado sucesor á uno de los primeros compañeros de su mision, llamado Lorenzo, á quien él mismo consagró obispo de aquella diócesis. Esta medida no era conforme al rigor de los cánones; pero el peligro que habia en dejar por un solo instante la metrópoli sin pastor, autorizaba abiertamente la dispensa. Habia ya elevado á Mérito y á Justo á la dignidad episcopal, á este para la ciudad de Rochester en la provincia de Kent, y á aquel para la de Lóndres en la provincia de los sajones orientales, separada de la de Kent por el Támesis. Logró Mérito propagar la Religion por esta comarca (2), y el rey Ethelberto mandó edificar en Lóndres, ciudad ya entonees considerable por su comercio, la iglesia de San Pablo, para que sirviese de catedral, como lo es en el dia. Mandó asimismo levantar otra en Rochester con el título de San Andrés. Su piedad generosa dotó ricamente estos dos obispados no menos que la metrópoli de Cantorberi.

Lorenzo, establecido en esta vasta diócesis, siguió con celo los proyectos de su

(1) Anast. in Bonif.; Paul. Diac. lib. 4 hist. cap. 37.
(2) V. Bed. lib. 12 hist. cap. 3.

santo predecesor. No contento con procurar la salvacion de los ingleses empleó tambien su solicitud pastoral con los bretones, ó antiguos moradores del pais y de los pueblos de Hibernia ó irlandeses, llamados entoncees escoceses. Seguian unos y otros sus particulares costumbres en algunos egercicios de la Religion, y sobre todo en la celebracion de la Pascua. Todos los esfuerzos de San Agustin, autorizados algunas veces con milagros, no fueron bastantes para atraerlos á la práctica general de la Iglesia, porque los sábios de sus monasterios, cuyas virtudes no siempre fueron superiores al espiritu de obstinacion y de singularidad, oponian obstáculos insuperables, principalmente el famoso monasterio de Bancor en el pais de Gales, tan numeroso, que dividido en siete partes la menor de ellas contaba trescientos monges. Redobló sus esfuerzos el arzobispo Lorenzo, y de acuerdo con Justo y Mérito escribió á los obispos bretones é irlandeses, persuadiéndoles la uniformidad perfecta del culto cristiano; mas ningun efecto surtieron sus tentativas.

Los antiguos cristianos de Bretaña y de Hibernia estaban tan apegados á sus usos, que los conservaban con la misma escrupulosidad en los paises estrangeros á donde los conducia su celo. San Columbano, que llevaba ya muchos años de residir en Francia, observaba constantemente las costumbres de su patria, por cuya causa cada dia atraia contra sí nuevos obispos, y daba pretexto á las persecuciones que tuvo que sufrir de Tierri, rey de Borgoña, en cuyos dominios estaba situado el monasterio de Luxeu (a).

Sin embargo, no era el celo de la disci-

(a) Ya vimos que San Columbano no queria sostener esta práctica en lo que fuera contraria á la doctrina de la Iglesia, y Buthler, con una carta que el Santo escribió al Sumo Pontífice, prueba que no la defendió con pertinacia. Véase Bolland. 21 de noviembre.

plina el que inspiraba á este jóven monarca; era mas bien la reina Brunequilda, su abuela, que absolutamente le dominaba. Veneraba el príncipe con mucho respeto la persona de San Columbano y frecuentaba á cada paso sus monasterios. El Santo le echaba en cara sus disoluciones con las concubinas, procurando persuadirle á que se casase con una princesa que dándole hijos legítimos asegurase la paz del reino.

Un dia se mostró el rey sinceramente movido de estos consejos, y le ofreció poner fin á estos desórdenes; pero se cuenta que Brunequilda se enfureció en extremo, temiendo que una esposa la usurpase el crédito de que gozaba, ó al menos le compartiese con ella. Una conferencia que tuvo la reina con el santo abad empeoró el asunto. Brunequilda dispuso se presentasen los hijos naturales de Tierri, que eran cuatro, y rogó al Santo les diese su bendicion. «¡Ah! dijo Columbano, ¿cuál será el objeto de mis votos? No sucederán en el reino de su padre estos hijos, porque son frutos del vicio y del libertinage (1).» Despechóse Brunequilda, aunque procuró reprimir la cólera, pues ademas de que Columbano era reputado por Santo, era necesaria aquella conducta en una época cuyas costumbres hacian que la libertad de esa respuesta no pareciese lo que pareceria en nuestros dias.

En otra ocasion, Tierri le dispensó el honor de hacer se le preparase alojamiento en la corte, á lo que el Santo contestó con sequedad que no le aceptaria. No dejó por eso el rey de enviarle comida de su mesa; mas observando Columbano que le presentaban manjares exquisitos, en seguida preguntó la causa, y habiéndole dicho que el rey los habia mandado, los rehusó pronunciando estas palabras de la Escritura: el

(1) Vit. S. Columb. cap. 31; Act. Bened. tom. 2 pag. 17.

Todo poderoso arroja de sí los presentes de las almas corrompidas. Rompiéronse en mil pedazos á estas palabras las vasijas; y el vino, la cerbeza y los manjares se derramaron. Aterrados los criados dieron cuenta al rey, quien al día siguiente muy de mañana se dirigió con la reina su abuela á dar satisfacción al Santo y prometerle la enmienda; mas no cumplió su palabra.

Escribió el Santo al rey reprendiéndole su infidelidad, y haciéndole en nombre del Señor las amenazas más terribles si no se corregía. Disminuida empero la primera impresión de un temor saludable, había crecido á proporcion la de las pasiones reprimidas por algún tiempo. Brunequilla con sus consejos añadió á las malas disposiciones del rey una aspereza altanera. Indispuso al mismo tiempo á los principales de la corte y á gran número de obispos, inspirándoles el deseo de censurar la regla del santo abad. Había negado en cierta ocasion á la reina la entrada en su monasterio, como lo hacía generalmente con todas las mugeres y seglares. De aquí tomaron motivo para quejarse de que los monges de Luxeu no seguían en esta parte el uso comun de los demas monasterios de la provincia, y especialmente sin duda de su singularidad en la celebracion de la Pascua. Con estos pretextos expulsaron de Luxeu á Columbano, y confináronle á Besanzon, en donde sin embargo permaneció poco tiempo. Se miró con indiferencia el cumplimiento de una orden dictada por un arrebatado de la pasión; y el respeto que en todas partes tenían al Santo no dió lugar á que vigilasen sus pasos en el destierro, por cuya causa pudo salir libremente y volver á su monasterio.

Convencido de que había llegado á este lugar por disposicion divina, opinó no deber abandonarle á menos de experimentar los últimos extremos de la violencia. Renovándose sin embargo la persecucion, y

temiendo que su furor se extendiese á todos sus hermanos, salió espontáneamente de su desierto de los Vosges, despues de haber vivido en él veinte años, aunque no se trataba ya de un destierro cercano, sino de volver á su patria. Apresuráronse á conducirle á Nantes donde había de hacerse á la vela. Al llegar á Auxerre, dijo al oficial encargado de conducirle, que dentro de tres años Clotario, tenido por el mas débil de los tres príncipes reinantes en Francia, seria dueño de los Estados de Tierri (1). En el discurso de su viaje se distinguió por sus milagros y el don de profecía. Embarcáronle en el Loira luego que llegó á Nevers. Los de Orleans, temiendo al rey, negaron con la mayor inhumanidad los víveres necesarios á los discípulos del Santo, y habría llegado la necesidad al último extremo, á no mediar el auxilio de una muger piadosa que se hizo superior á todos los temores humanos. En recompensa los discípulos del Santo llevaron á presencia de este el marido de aquella muger, que estaba ciego mucho tiempo había, y el Santo, que estaba detenido por sus guardias en la ribera, le curó al instante. En Tours, el obispo Leopario le convidó á comer, y como se hallase en su compañía un caballero pariente del rey Tierri, le anunció que dentro de tres años aquel príncipe y sus hijos perecerian, y se extinguiría toda su familia.

Llegado á Nantes, determinó hacer alguna detencion, y se aprovechó de ella para escribir á todos sus hijos en Jesueristo una de aquellas admirables epistolas que formaron las delicias, así de los principales prelados y del Sumo Pontífice, como de los príncipes mas poderosos de su tiempo que tenían á mucho honor recibir su correspondencia (2). Pusiéronle por fin en el navío

(1) *Epist. 3. Tom. 12 Biblioth. PP. Lugd. pag. 26.*
(2) *Jen. vii. S. Col. cap. 35 etc.*

que debía conducirle á Irlanda; mas combatido por el viento, y receloso el capitán de que la sentencia fulminada contra un Santo le fuese á él funesta, se negó rotundamente á trasportarle, y le dejó en libertad de ir á donde gustase, proporcionándole cuanto pudo desear.

Partió en busca de Clotario, entonces rey de Soissons, que estaba visitando las costas del Océano. Este príncipe desaprobaba la persecucion de Tierri y de Brunequilla contra el santo abad de Luxeu, y le acogió como á un ángel bajado del cielo, ofreciéndole todas las ventajas que pudieran obligarle á residir en sus Estados. Mas Columbano las rehusó, no queriendo acrecentar la enemistad entre los dos reyes. Le rogó Clotario que al menos se detuviese lo posible, y el Santo condescendió con los deseos de un príncipe que había recibido con fé sus consejos saludables y daba pruebas de querer aprovechar de ellos. Durante su estancia en Soissons, se suscitó una disension entre los dos hermanos Teodeberto y Tierri sobre los límites de sus Estados. Procuraban uno y otro atraer á su partido al rey Clotario, á cuyo fin le enviaron embajadores. Clotario consultó á San Columbano, quien le aconsejó que no interviniese en aquella contienda, porque dentro de tres años los dos reinos caerian por sí mismos bajo su poder. Era ya esta la tercera vez que hacia esta profecía, de cuyo cumplimiento no dudó Clotario y esperó con paciencia que se cumpliesen los decretos del cielo (1).

Determinó el Santo pasar á Italia, para no esponerse á ser en Francia motivo ó pretexto de discordia, y el príncipe que sentia su ausencia mandó que le acompañasen hasta el reino de Teodeberto. Al entrar en Paris curó á un endemoniado: en Meaux le recibió con honor el conde Agnerico, gran

(1) *Fradeg. c. 37.*

privado de Teodeberto, y tomó sobre sí el encargo de presentarle á él. Columbano, cuyo viaje era un continuo apostolado, consagró al Señor la jóven Fara, hija de este conde, que fué despues muy ilustre por sus eminentes virtudes. Dos esposos piadosos llamados Autario, señor de distincion, y Aiga su muger, le hospedaron en su tránsito por el lugar de Ussi del Marne, y echó la bendicion á sus hijos todavía pequeños Adon y Dadon, los cuales no menos que su padre fueron con el tiempo famosos en santidad. Llegó por último á la corte de Teodeberto, quien le recibió con sumo gusto.

Muchos de sus discípulos de Luxeu fueron á reunirse con su maestro, y el rey ofreció concederles habitaciones cómodas en las fronteras, donde podrian predicar la fé á los paganos. Lisongeo esta resolucion á aquellos caritativos solitarios entre quienes había muchos sacerdotes que reputaban por la mas preciosa la parte del tiempo dedicada á los trabajos apostólicos. Partieron con su digno gefe á la Suiza hasta las estremidades del lago de Zurich, y encontraron en aquel sitio cerca de Zug una soledad agradable, donde resolvieron fijar su domicilio. Eran idólatras y crueles los habitantes; y un día que Columbano advirtió que muchos de ellos estaban al rededor de una cuba enorme de cerveza se acercó sin temor y les preguntó: *¿qué intentais hacer?* Contestáronle que querian ofrecerla á su dios Vodan, á quien unos daban el nombre latino de Marte y otros el de Mercurio. Sopló el Santo sobre la cuba, y esta dió un fuerte estallido y cayó al punto hecha pedazos é inundó de cerveza el suelo. No causó este suceso en los bárbaros aquella sensacion que podia esperarse de su ferocidad. Contentáronse algunos chistosos con decir que Columbano tenia buenos pulmones; otros mas sensatos pensaron de un modo mas serio y saludable y recibieron el